

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

ANATEMA

¿A dónde vas, generación podrida,
por todas las vilezas degradada,
por todas las infamias enlodada
y por todos los vicios corrompida?
¿A dónde vas? Tu sangre empobrecida
y tu energía, inerte y agotada,
gritan que estás al fin de la jornada
y el término predice n de tu vida.
Esclava siempre del delirio insano,
de tus pasiones bajas y rastreras,
correr dejaste el fétido pantano;
y hoy, entregada á tus locuras fieras,
estéril eres, en tu ardor liviano,
con la esterilidad de las rameras.

Visita á D. Práxedes.

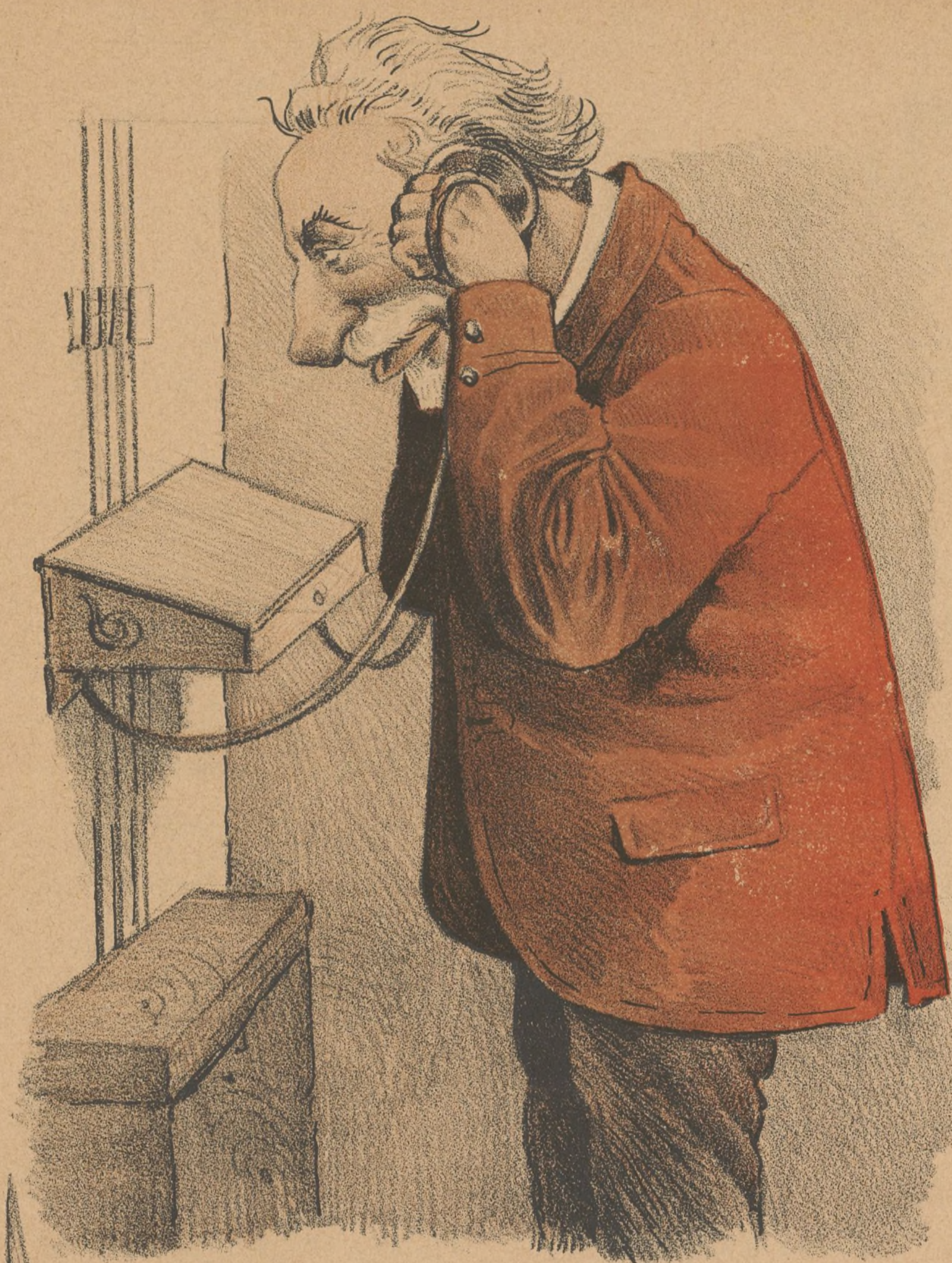
—Buenos días tenga vuesa merced, mi señor don Práxedes.
—Bien venido, Pablo.
—No soy Pablo... sino el mismo D. Sancho Panza, exgobernador de la insula Barataria.
—Ah, perdone, no me había fijado... Pero no puedo mandarle á Cádiz; pienso enviar allí alguno de los niños de Rodríguez; se acerca Navidad y hay que hacer regalitos á los pequeñuelos de la familia.
—Tampoco vengo á pretender...
—Entonces...
—Vengo á hablar con vuesa merced para preguntarle cómo se las arregla para vivir, y vivir tieso y firme á pesar de los contratiempos, los disgustos y el bamboleo que vienen dando á vuesa merced por todas partes.
—¡Velay!
—Esa frase es de Gamazo.
—No; ¿tiene frases Germán como las tenía Segismundo? Serán de Gascón ó de Sánchez Guerra.
—Pues volviendo á mi cuento, digo que á todos los que nos ocupamos en la política, que así dicen los académicos que ha hablarse y no emplear la preposición de...
—Hombre, ¿y por qué razón dice eso Amós... ¿Amós sabe de esto ó Laserna? ¿No conoces á Laserna?
—No... Sí, he oído hablar de un Laserna...
—Sí, hombre, es el que hace de Lastres en mi partido... Bien, sigue...
—Pues decía que me llama la atención ver á V. E. salir airoso de tantas y tantas dificultades...
—¿Y quieres saber el secreto?
—Esto es, quiero saber el secreto.
—Pues... no lo sé yo mismo... yo mismo no sé cómo hago las cosas, ni por qué, ni para qué... Creo que estoy adornado con algún talento, algún dón especial.
No cabe duda. Ya lo ves, ¿que prenden al periodista Suárez de Figueroa, D. Adolfo? No me opongo; está bien. ¿Que luego resulta que no debieron prenderle porque es diputado y la inmunidad parlamentaria ha de ser respetada? Me opongo á que siga en la cárcel. ¿Mas luego resulta que, suspendidas las garantías constitucionales, no hay privilegios que valgan? Vuelvo á enojarme y me dispongo á consentir en que encarcelen á Figueroa. Y así tornaré á oponerme y luego volveré á permitir esto, lo otro, lo de más allá... Hago lo que quieren los demás... y *tutti*.
—¡Ah, magnífico!

—No es otro mi plan, ni otra mi escuela.
—Lo entiende; ¿que amaga que todo se caiga por la izquierda? apuntala V. E. por este lado.—¿Que por la derecha? puntales á la derecha.—V. E. con encogerse de hombros...
—Justo—y rascarme la barba.
—Todo lo tiene hecho...
—¡Jal! ¡jal! ¡jal! ¡jal!...
—¡Jel! ¡jel! ¡jel! ¡jel!
—Dígame V. E., ¿y usted sabía eso de Cádiz?
—Sí; mi yerno creo que tenía algunas noticias y ya iba el pobre muchacho á caer sobre los culpables... pero necesario es contener á los muchachos... Que Germán era un zanguango, era lo que se trataba de demostrar.
—Y se ha encargado él mismo de demostrarlo.
—¡Caball!—¿Qué se le ha de hacer! Hubiera sido tan modesto como Capdepón, el cual por bonicote se tiene y vive sin cuidado... pero Germán es muy vanidosón... y se cree un hombre de talento fenomenal... y ahora lo acaba de revelar.—¿Qué talento! ¿eh?
—Ya, ya...
—Lo malo ha sido que Figueroita... ¡el tal Figueroita es vivo, y listo... pero ha faltado, ha faltado esta vez!...
—¿Y por qué Figueroita ha faltado?
—Porque según me ha dicho Pablo... Figueroita ha dicho: Lo que no puede decirse...
—Ah... ¿sí? Señor D. Práxedes ¿y por qué no puede decirse?
—No se puede... porque no se debe... Sancho.
—Así es... no debe decirse... pero se ha dicho... y ya no hay para qué ocultarlo.
—Sí; si hay para qué ocultarlo; no se ha de contribuir á agrandar el escándalo, pues como dijo el P. Mariana: «Vergonzoso es, que tan grandes males ocurran en Castilla... pero más vergonzoso es decirlos.»
—Señor... señor de mi ánima... ¿Quién nos había de decir que á tan apuradísimo extremo habrían de llegar nuestras desventuras, que son tales, que no las pudimos imaginar más miserables! Dando en otra consideración, antójase pensar en Gamazo. ¿Vió vuesa merced jamás un talento más claro, un tino y un acierto mas dignos de admiración? Zoquete y bien zoquete es el tal trigüero, listo tan sólo para aquello de que le puede resultar algún provecho. ¿Qué gran prendero y prestamista hubiera hecho! No digo nada á vuesa merced, señor Sagasta lo que D. Germán se hubiese lucido como tendero de comestibles. Tampoco lo hubiera hecho mal vendiendo tocino y salchichas! Si este es un país injusto ¡miren que hacer ministro y hombre de Estado... á un hombre que habría llevado con gran fortuna y próspera marcha una taberna ó una albardería! No hubiera estado mal tampoco al frente de una posada... Pues no señor, ministro te hago... y por poco no le hacemos «hombre de Estado». Ahora yo pregunto: ¿quiénes, sino nosotros, los pobres como yo, son los culpables de que hombres tales lleguen á las más en-cumbradas alturas de la notoriedad y del poder?
—¡Sí, la instrucción pública, que como decía Bastiat, ha de ser la función social más libre, y que como Bentham afirmó ¡no ha de ser resultado del artificioso y regular cultivo de una mano, sino la obra soñada, continua, múltiple de todos!... ¿Quieres más éitas, Sancho?
—Diga vucencia y no se apure, que con mucho que

vuésa merced cite y yo repita, algo haremos de provecho.
—Digo, que yo, cuando lei las tales reformas no cesé de reir... y me decía... Este Gamazo es tan liberal como Cerralbo... pero... lo que yo digo y repito... hay que ir viviendo con todos...
Lo mejor sería redimir la enseñanza de la tutela ominosa del Estado... pero vaya usted á molestar... Por mí, que hagan lo que quieran, mi lema es este, parodiando á los fisiócratas:
Dejad hacer,
dejad moler.
¿Qué pide el pueblo á Ribot? Sea. ¿A Gamazo? Sea... Yo doy todo lo que me piden.

TIERNA DESPEDIDA

Así aclamaba, dirigiéndose á una brillante y seductora moneda de cinco pesetas, cierto atribulado contribuyente, en el amargo trance de dejar el duro en las manos pecadoras del representante del fisco:
«¡Adiós duro de mi corazón! Fruto de mi labor, hijo de mi esfuerzo, ¡adiós para siempre! Nunca te volveré á ver.
¿Seré yo por ventura codicioso, mezquino, tacaño, avariento? Cualquiera lo diría viéndome tan conmovido al separarme de tí. El menosprecio del dinero es un sentimiento aristocrático, propio de las razas y familias que lo han ganado á poca costa. Yo soy plebeyo. Tú para mí representas el músculo cansado, el nervio rendido, el cerebro puesto en dolorosa tensión, el deseo, la ansiedad, la noche de insomnio, la penosa dependencia del trabajo, la fría madrugada en invierno, la congoja del calor estival, el premio de la diligencia, el botín de una escaramuza ganada en la lucha de la vida; todas las fatigas, todas las ansias que me ha costado el adquirirte. Y eres también á mis ojos el sustento del cuerpo, la égida contra la miseria, la alegría del hogar, el pan de los hijos.
¡Un duro! Don del acaso, lucro del fraude, ganancia obtenida sobre el tapete de un garito, ¡qué cosa tan mezquina y despreciable! Recompensa del trabajo, premio del mérito, bien que otorga la sociedad á cambio del bien que recibe, ¡qué cosa tan respetable y tan santa! ¡Qué torpe objeto de disipación! ¡Qué poderoso instrumento de fecundidad! ¡Cuán menguado si sirve de presa á la codicia, de cebo á la usura, de galardón al cohecho ó de precio á la prostitución! ¡Cuán homado si remunera el servicio, paga su deuda al merecimiento, salva á la virtud, sostiene al trabajo y redime á la miseria! Condénese en buen hora el mal uso del dinero. Menospreciar al dinero, ¡qué absurdo cuando se piensa en el bien que puede hacer y el mal que puede evitar!
Y he aquí cabalmente la causa de mi pena. Yo no soy codicioso ni avariento. Lo mismo que sé ganarlo sé gastar un duro. Lo que me preocupa, al desprenderme de tí, es tu porvenir más que nuestra separación. ¿A dónde irás? ¿Qué será de tí? Una vez encerrado en las arcas públicas, ¿qué empleo te reserva el hado? Acaso servirás para sostener pompas que condeno y faustos que desapruuebo. Acaso contribuirás á pagar esas cargas que el lenguaje oficial llama de justicia. Acaso figures en nómina formando parte de sueldos no gana-



Cogea sometido.



El memorandum de los norteamericanos y el de los españoles.



Los guapos ministeriales



La caída de D. Germán.
PROGRAMA DE D. CARLOS



Defendiendo la moral.



Libertad de enseñanza.



—¡Infierno, abre tu boca y trágamel! ¡Húndase el cielo, perezca la raza humana! Exterminio, destrucción.
(Don Mateo, ó la fuerza del sino).



¡Y viva la moral!

dos. Acaso serás con otros recompensa de méritos y servicios caciquiles. Quién sabe si no entrarás á engrosar las dietas otorgadas por el favor á los amigos y deudos de primates. Ya te veo caminito de Galicia, empleado en aumentar y consolidar en el Noroeste la influencia monteril. Ya te veo puesto en manos de candidas monjitas por la intercesión de poderosos abogados. Trás si no á pagar las consecuencias de errores increíbles y de culpas inexpiables. Trás, ¡tú, fruto del trabajo! á sostener el ocio del capitalista y subvencionar la usura pública.

Otro fuera mi sentir de saber que tu destino era distinto. Incorporado al patrimonio nacional podrías cooperar á la regeneración de España. Servirías para el fomento de la agricultura y de la industria. Serías salario del trabajador. Tal vez un maestro hambriento te debería su cena. Tal vez contribuirías á salvar la vida y restaurar las fuerzas de algún servidor de la patria. Quizá una administración reparadora te emplearía en alguna empresa útil. Quizá con otros compañeros serías gastado en hacer un camino, abrir un canal, roturar un baldío, construir un puente ó repoblar un monte.

Acaso tendrías el honor y la dicha de procurar pan al hambriento, salud al enfermo, asilo al desvalido y ropas al desnudo. Si tal supiera, con ser lo que eres para mí, me separaría de tí sin pena. ¿Qué digo sin pena? Con satisfacción, con regocijo, con orgullo de poder contribuir por mi parte, aunque en proporción mínima, á la grande obra del bien y la prosperidad común.

¡Felices los pueblos donde el último tributario puede lisonjearse con esta idea! ¡Y mil veces desdichados aquellos otros en que el sacrificio estéril del que peca, sirve en buena parte para fomentar las causas de que dimanen la decadencia nacional y la miseria pública!

Y esto diciendo, aquel contribuyente desolado, casi con lágrimas en los ojos, dió á su duro el último adiós y le abandonó en manos del agente del fisco para cumplir su triste destino.

ALFREDO CALDERÓN.

LA CRISIS

¿Cómo hablar de la crisis, cómo explicarla? Hay razones de dignidad que nos impiden hacerlo. Para juzgar de esa cuestión ningún periódico más á propósito que *El Fandango* ó cualquier otro de esa índole pornográfica.

La política de estos tiempos no es para tratada por personas decentes.

Callamos, pues, por respeto á nuestros lectores y á nosotros mismos.

Esta crisis es la crisis de lo que no puede decirse.

GAMAZO

¡Qué triste caída la de ese hombre! Una caída sin dignidad y sin grandeza. ¡La caída de un fardo en el arroyo!

Durante los pocos meses que ha sido ministro, lo ha aceptado todo, ha transigido con todo; con la guerra, con la paz, con la supresión de las garantías, con el negocio de las Vallecas, con las inmundidades del juego, con toda clase de vergüenzas y porquerías... ¡Buenas tragaderas las del Sr. Gamazo!

Pero surgió la cuestión de su amigo y deudo el señor Ribot, y entonces el ilustre trigüero se cree obligado á presentar la dimisión de su cargo de ministro complaciente.

Perezcan los principios y sálvese la familia; se habrá dicho el bueno de D. Germán.

Si... ¡qué caída la de ese hombre!

¡La de un fardo en el arroyo!

NUESTRAS LIBERTADES

¡Triste destino el que aguarda, en una sociedad tal á esas pobres libertades públicas escritas en un papel á costa de tanta sangre! Tolerancia religiosa, derecho de sufragio, libertad de enseñanza, libertad de imprenta, jurado, inviolabilidad de domicilio, facultad de reunirse, de asociarse, de manifestar, de solicitar, de protestar; todo eso prometen la Constitución y las leyes. Pero en vano. No hay quien lo mantenga; no hay quien lo respete. Falta aquí á las libertades suelo en que sustentarse y atmósfera que respirar. ¿Tolerancia religiosa? En las nueve décimas partes del territorio español se hace imposible la vida al disidente. ¿Sufragio universal? Ni el pueblo lo usa ni se lo consentirían sus amos.

¿Libertad de enseñanza? Carece aquí esa libertad de primera materia. ¿Libertad de imprenta? Esta suele conducir á presidio. ¿Jurado? La ley está hecha de modo que sólo pueda vivir desprestigiándose á sí mismo. ¿Derecho de reunión, de asociación, de manifestación, de protesta? Cuando le acomode al que mande. Tales son nuestras libertades políticas, teóricas, fantásticas, aparentes, libertades sin alma, verdaderas momias de libertad, violadas por el poder y por el país desamparadas, desprovistas por igual de opinión que las imponga, de autoridad que las acate y de pueblo que las viva.

LE-ROUX

El ilustre tribuno D. Emilio Castelar, ha solicitado del presidente del Consejo el indulto de nuestro querido amigo el director de *El Progreso* D. Alejandro Lerroux, que se halla cumpliendo injusta condena hace muchos meses en la Cárcel Modelo.

La prensa ha hecho suya la generosa empresa acometida por el Sr. Castelar, y ha unido sus votos al voto del ilustre repúblico.

Ahora el Sr. Sagasta tiene la palabra.

LA FAMILIA DEL MINISTRO

Según nos cuentan las crónicas, hubo en España un ministro que entre hijos, hermanos, yernos, tíos, cuñados y primos, sumaban la friolera de treinta y seis individuos, y todos del presupuesto comían á dos carrillos. La gente estaba indinada; ponía en el cielo el grito; pero... ¡seguía chupando la familia del ministro! Un día, un contribuyente, sexagenario y con hijos, enfermó, porque la casa le había vendido el fisco. El médico vió al enfermo, y antes de marcharse dijo: —Que le apliquen sanguijuelas. —¿Cuántas? —preguntó un vecino. —Treinta y seis; pero que chupen, y el enfermo hallará alivio. —Entonces le aplicaremos la familia del ministro.

VICENTE RUBIO.

TARJETA

PARA DIONISIO PÉREZ

He mandado repicar fuerte en mi parroquia,—la de San Justo y Pastor, antes Maravillas—como en día solemne de fiesta, por la publicación de tu hermoso libro *Jesús*.

Recibe mi enhorabuena, mi enhorabuena entusiasta. Te debo una hora de sano placer intelectual. Gracias.

Una felicitación es ya un juicio, ¿verdad? Pues quede reducida á una felicitación mi crítica de tu libro.

¡Ah! Y conste mi envidia por no haber bebido como tú en las manos de la Samaritana el agua fresca y pura de la verdad y del amor.

Muy tuyo,

MIGUEL SAWA.

CLAMORES JUSTOS

«Es de absoluta necesidad que el Ayuntamiento inspeccione las casas de vacas y demás establecimientos análogos para evitar la adulteración de la leche. Llame usted la atención del alcalde sobre este asunto.»

Esto me dice un vecino de Madrid, y padre de familia, en atenta carta, que he recibido por correo interior.

Y á fe que el comunicante tiene razón que le sobra. La leche que nos vemos obligados á tomar las vecinas de la villa y corte, de todo tiene menos de leche. No hace muchos días que estuvo á punto de fallecer, víctima de medio cuartillo, un inspirado poeta que lee todos los jueves en la tertulia de las de Vázquez.

Tomó la leche á eso de las ocho, y á las nueve menos cuarto tenía la boca del estómago lo mismo que una bizcochada, tanto que las de Vázquez creyeron que se les moría en el gabinete, y se lo entregaron á la portera para que lo guardase.

Todos los días están ocurriendo disgustos serios por

causa de la leche; á unos se les indigesta, á otros se les agria y á otros les salen granos malignos. En la mesa del café tenemos un contertulio que está anémico y el hombre se entrega á la leche de cabras con frenesí; pues bien, hoy se nos presentó alicaído y con los labios hinchados.

—¿Qué tiene V., Emeterio?—le digimos.—¿Toca usted la trompeta?

—¡Quí!—contestó él.—Esto es de la leche. Yo creí que era pura y acabo de saber que contiene materias nocivas: albayalde, cal hidráulica, sebo virgen, etc.

Como nadie tiene confianza en la leche, resulta que son pocos los que se arriesgan á tomarla, aunque el médico se lo mande, y nótese con espanto que todos los recién nacidos, criados con biberón llegan á los tres meses y se secan. De ahí la necesidad imperiosa de buscar ama de cría, que es como buscar una escopeta de dos cañones, ó una pantera de Java.

Si tuviésemos confianza en la leche, criaríamos á nuestros hijos por el procedimiento del biberón, y no oiríamos lamentaciones como las de D. Roque, un infeliz padre de familia, que tiene un ama lo mismo que un macero.

—¡Ay!—nos decía.—V. no sabe lo que estoy pasando con el ama. Not trae revueltos á todos y antes de ayer me pegó un puñetazo en este hombro que á poco más me lo desmorona.

—¿Tiene mal carácter?

—Horroroso. Ella se encargó del chico cuando estaba encanijado, y se pasa la vida echándonos en cara su generosidad y su abnegación. ¡Si la viera V. comer!... ¿Cuántos panecillos cree usted que se traga con el desayuno? Cinco, y á la media hora ya está diciendo que no puede resistir la debilidad. En mi casa manda en jefe y nos tiene metidos á todos en un puño, por que en cuanto le decimos la cosa más insignificante, coge á la criatura por las piernas, la coloca sobre un baul como si fuera un paquete, y dice con acento iracundo: Ea, yo me voy; ahí queda el niño; que no estoy acostumbrada á que se me falte. Tuve yo una señorita... ¡aquella sí que era una señorita! que me llevaba al teatro todas las noches, y me peinaba, y me daba colorete, y me tenía como á una reina. A mi marido siempre le estaba regalando cosas: un gabán, un chaleco de Bayona, una jaula con su jilguero, y en carnaval le regaló un traje de moro para que se disfrazase y no se aburriera. En fin, la tal ama nos da unos disgustos feroces. Si el niño mama mucho, se pone á rabiar y á decir que va á volverse tísica; si no mama, se desespera diciendo que no sabe qué hacer con tanto jugo lacteo. Nosotros tenemos que contemplarla para que no abandone á la criatura, porque ésta no quiere coger el pecho de nadie, y un día que le dimos leche de ovejas comenzó á hincharse y á arrojar almidón por las naricitas.

Tiene razón nuestro discreto comunicante: se hace preciso un análisis minucioso de la leche puesta á la venta, para evitarnos el azote de las amas de cría y otros perjuicios no menos graves.

Per ahí anda algún matrimonio flaco y descolorido, víctima inocente de una nodriza montañesa que se come ella sola lo que debía bastar para la alimentación de toda la familia. Mientras el ama engulle como un He. liogáballo, el matrimonio infeliz se relame silenciosamente, y más de una vez ha dicho el esposo a su consorte:

—¡Ay! De buena gana me comería ahora un poquito de carne.

—Pídesela al ama de un modo indirecto, porque en medio de todo tiene buen corazón—contestaba la esposa.

Pero á pesar de las indirectas, el ama se comía toda la carne, y los esposos tenían que circunscribirse á la modesta patata ó al sencillo bacalao con aceite y vinagre.

•••

Póngase á la leche en buenas condiciones, y habremos dado un gran paso en el camino de nuestra redención.

(Queda complacido nuestro comunicante.)

LUIS TABOADA.

LIBROS

La *Colección Diamante*, de Barcelona, ha publicado un nuevo y hermoso libro, *Colección de Tipos*, del ingeniosísimo escritor Luis Taboada.

Puestas las manos sobre el pecho, para mayor solemnidad, recomendamos al público la adquisición de este libro, que como los demás tomos de la *Colección*, se halla de venta en todas las librerías al precio de cincuenta céntimos.

MADRID. Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.